

## LA DIMENSIÓN TEOLOGAL DE LAS RESISTENCIAS Y LUCHAS POPULARES

*La teología de la liberación latinoamericana ha nacido y se ha desarrollado en el seno de las resistencias y las luchas populares. La participación de los cristianos en estas luchas populares ha obligado a la Iglesia a confrontar su compatibilidad con la fe cristiana y a explicitar el carácter estrictamente teologal o espiritual de estas organizaciones y luchas. Este nuevo lugar social (resistencias, luchas y organizaciones populares) y esa nueva problemática (el carácter teologal de las resistencias y luchas populares) han hecho posible desarrollar una teología en consonancia con la experiencia bíblica de Dios: su parcialidad hacia los pobres y los marginados. Y no solo desde el punto de vista de lo urgente (asistencia inmediata), sino también desde el punto de vista estructural (estructura de la sociedad). Así nació y se desarrollaba lo que se ha convenido en llamar teología de la liberación. Para esta teología, las resistencias, luchas y organizaciones populares no son un asunto más entre otros, sino que constituyen un aspecto esencial de la experiencia bíblica de Dios (dimensión) y un lugar privilegiado para el quehacer teológico (perspectiva). Lo que pretendemos aquí es, a partir de la experiencia bíblica de Dios (revelación-fe), explicitar el carácter estrictamente teologal o espiritual de las resistencias y luchas populares (salvación), así como su densidad y relevancia epistemológicas (teología)*

*Revista Latinoamericana de Teología 102, sep-dic 2017*

### **Experiencia bíblica de Dios**

Hablar del carácter teologal de las resistencias y luchas populares significa que tienen que ver con Dios y su designio salvífico para la humanidad (revelación), y por tanto, con la relación con Él (fe). Significa mostrar cómo esas resistencias y luchas populares son parte de la historia de Dios con su pueblo. Significa explicitar sus potencialidades y sus ambigüedades

salvíficas. Para esto, tenemos que partir de la historia de Dios con su pueblo. Solo en esta historia podemos hablar de Dios y de la relación con Él.

En nuestro caso (tradición judeocristiana) hablamos de Dios a partir de su historia con Israel. Historia que alcanza su plenitud en Jesús de Nazaret, a quien confesamos como el Cristo de Dios. El discurso cristiano sobre Dios es

inseparable de su presencia y su acción en la historia de Israel y en la vida de Jesús de Nazaret. A tal punto que no se le nombrará simplemente como Dios, sino como el Dios de Israel y como el *Padre de Jesucristo*.

Este Dios se manifiesta como un Dios presente y actuante en la historia y como un Dios partidario de los pobres y marginados (revelación). La relación con Él es una relación histórica, mediada por el compromiso con ellos (fe). De manera que no podemos considerar cristiano ningún discurso sobre Dios o sobre la experiencia de Dios que prescindiera o se contraponga a su historicidad y parcialidad hacia los pobres y los marginados.

## I. La revelación

El Dios judeocristiano es un Dios *presente y actuante en la historia* y un Dios que actúa *en favor de los pobres y marginados*. Estas son las dos características más importantes de la revelación de Dios, en la historia de Israel y en la vida de Jesús de Nazaret.

La Biblia no habla de Dios de una manera abstracta y universal, sino de manera histórica. Narra la historia de Dios con su pueblo. Y esa historia es una historia de salvación en la cual Dios se manifiesta “como salvador, en la acción misma de salvar”. Esta es la experiencia fundamental que nos transmite la Escritura. En el Antiguo

Testamento, Dios libera al pueblo de la esclavitud, y se da a conocer “en la acción misma de salvar a su pueblo”. Dios dice quién es Él y lo dice precisamente salvando. En el Nuevo Testamento, la revelación de Dios es inseparable de la acción salvadora de Jesús: la Buena noticia del reinado de Dios. Por ser salvador, se manifiesta como un Dios partidario de los pobres y marginados, hasta el punto de identificarse con ellos (Mt. 25,31-46). Como ha insistido Jon Sobrino:

“La relación de Dios con los pobres de este mundo aparece como una constante en la revelación [...] no es solamente coyuntural sino estructural. Existe una correlación trascendental entre revelación de Dios y clamor de los pobres”.

Esa experiencia de Dios narrada en la Escritura, además de ser la experiencia originaria de la tradición judeocristiana, constituye su criterio y su norma permanente. Dios continúa actuando a través de su Espíritu. La revelación no es algo meramente pasado, sino algo muy actual. Por esto la teología no puede reducirse a una especie de arqueología salvífica. Es inteligencia de la acción salvífica de Dios *hoy*. De ahí la densidad teológica de los procesos actuales.

Pero no se debe olvidar que el *Espíritu de Dios*, presente y actuante en la historia, no es otro que el *Espíritu de Jesucristo*. Su misión es recordar todo lo que Jesús dijo (Jn. 14,26). El Espíritu lo un-

gió, lo condujo y lo sostuvo en su misión de anunciar la Buena Noticia a los pobres (Lc. 4,18; He. 10,38), Y los estudios pneumatólogicos latinoamericanos han insistido mucho en que “el Espíritu del Señor actúa desde abajo”, para usar una expresión muy querida de Víctor Codina.

## 2. La fe

La fe es el acto por el cual nos adherimos confiadamente al Dios que se ha revelado en la historia de Israel y definitivamente en la vida y la praxis de Jesús de Nazaret. La fe es respuesta a la propuesta de ese Dios. La iniciativa es suya (propuesta). Sin embargo, es necesario que sea asumida por nosotros (respuesta). En este sentido, la fe es un don (Ef. 2,8), pero un don que una vez acogido, nos re-crea insertándonos en su propio dinamismo. Es por, tanto, un *don-tarea*: algo que *recibimos para realizar*. La fe es una dinámica de vida, una manera de vivir: vivir como Jesús. La fe es seguimiento y entrega a Dios.

Esa entrega a Dios significa configurar la vida de acuerdo con Él y colaborar en su actuación histórica a favor de los pobres. La entrega a Dios siempre está mediada por la participación en su acción salvífica en el mundo (historicidad), una acción a favor de los pobres y marginados (parcialidad). Como dice el Papa Francisco, “existe un vínculo inseparable en-

tre nuestra fe y los pobres (EG, 48). Así se comprende perfectamente la insistencia profética de Sobrino de que “fuera de los pobres no hay salvación”. Al fin y al cabo, si la fe es entrega a un Dios salvador de los pobres y marginados, nos inserta necesariamente en su dinamismo salvífico a favor de ellos. A tal punto que esto se convierte en signo, criterio y medida de la fe (cfr. Mt. 25,31-46; Lc. 10,25-37).

Revelación y fe constituyen dos aspectos históricos de la salvación en los procesos de liberación. En el acto mismo de salvar, Dios se revela como Dios de Israel, Dios de los pobres y marginados. Y en la medida en que el pueblo acoge este Dios y va construyendo su vida en comunión con Él, se constituye como pueblo de Dios. En esto consiste la experiencia que nos narran las Escrituras. Ella constituye el corazón de la Torá, de los profetas y de la vida y misión de Jesús de Nazaret.

Si hay algo en las Sagradas Escrituras que no se puede negar es la centralidad de los pobres y oprimidos en la historia de salvación. Dios aparece como *go'el* que rescata sus parientes de la esclavitud, como *pastor* que apacienta sus ovejas, como *rey* que hace justicia a los pobres. Y la relación con Él (fe) pasa siempre por la defensa del pobre y oprimido, por la proximidad con el caído a la orilla del camino. El exegeta alemán Joachim Jeremias ha insistido mucho en que “el rasgo decisivo” del reinado de

Dios consiste en la “oferta de la salvación hecha por Jesús a los pobres”. De modo que la salvación de los pobres y marginados constituye el corazón de la historia de Dios con su pueblo. Hasta el punto de convertirse en criterio y medida de fidelidad a la Alianza de Dios con Israel y de adhesión o rechazo del reinado de Dios anunciado por Jesús.

### **Carácter salvífico de las resistencias y luchas populares**

La recuperación de la experiencia bíblica de Dios (realización histórica de la salvación) es lo que ha permitido a la Iglesia latinoamericana comprender la densidad teológica o espiritual de las resistencias y luchas populares, percibir la presencia y la acción salvífica de Dios. Medellín es muy claro a este respecto:

“Así como otrora Israel, el primer pueblo de Dios, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, así también nosotros, nuevo pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva cuando se da “el verdadero desarrollo que es para cada uno y para todos, el paso de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas”.

Es verdad que la Iglesia no percibió eso por sí misma. La Iglesia fue provocada por los movimien-

tos sociopolíticos de liberación. Fueron ellos los que recogieron los clamores del pueblo. Pero también es verdad que a medida que la Iglesia ha ido descubriendo que la experiencia bíblica de Dios es fundamentalmente una experiencia histórica de liberación, ha podido percibir y comprender la densidad teológica de los procesos históricos de liberación. Como advierte Ellacuría, “Origen” y “principio”, no son lo mismo y “no todo origen se convierte en principio”. Por más que los movimientos y las organizaciones sociales hayan despertado y convocado a la Iglesia a colaborar con los procesos históricos de liberación (origen), esta liberación solo pudo ser asumida por la Iglesia porque dicha liberación constituye “la esencia misma del mensaje revelado (principio).

También es verdad que esto no ocurre en la Iglesia de un momento a otro, como por arte de magia. Ha sido preparado por un largo proceso de renovación teológico-pastoral, que culminó con el Concilio Vaticano II. Conviene destacar dos aspectos de este proceso de renovación:

Primero, el esfuerzo por superar el dualismo natural/sobrenatural. Al querer “salvar” la gratuidad de la salvación, este dualismo compromete el carácter creatural y gracioso del mundo, hace irrelevante su salvación y debilita el compromiso de la Iglesia con su transformación. De ahí que el concilio comprenda la Iglesia como signo e instrumento de la salvación del

mundo (Cfr. LG 1.9.48) y afirme que:

“El divorcio entre la fe y la vida de muchos debe considerarse como uno de los más grandes errores de nuestra época... El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, faltando a sus deberes con el prójimo, falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios.” (GS. 43).

El segundo aspecto es el redescubrimiento de la universalidad de la salvación, que extrapola los límites visibles de la Iglesia. Esto lleva a que el concilio afirme que “la Iglesia católica no rechaza nada de lo que en [otras] religiones haya de santo y verdadero”, a que reconozca que ellas “reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Esto será fundamental para percibir la salvación fuera de la Iglesia.

Nada de eso compromete la gran novedad que se ha dado en la Iglesia latinoamericana, la cual consiste en el descubrimiento de la densidad espiritual de los movimientos de liberación. No se trata solo de una comprensión abstracta de la salvación. Se trata, primariamente, de retomar el sentido bíblico de la salvación que se realiza en los procesos de liberación y de asumir estos procesos motivados, precisamente, por la fe. La historicidad de la salvación se materializa en procesos de liberación. De ahí su carácter salvífico.

Estos han sido, sin duda alguna, los dos aportes más importan-

tes de la Iglesia latinoamericana, tanto en su acción pastoral como en su reflexión teológica: El redescubrimiento del carácter salvífico de los procesos históricos de liberación y su importancia para la vivencia de la fe.

Desde el punto de vista de la acción pastoral, ha confirmado y llevado a miles de cristianos a comprometerse en los procesos de liberación.

Desde la reflexión teológica, se han ido creando, en medio de tensiones, algunos consensos teológicos fundamentales: la superación del dualismo natural/sobrenatural y profano-sagrado; la historicidad de la salvación, la salvación como liberación integral y los pobres como “lugar teológico”. Estos consensos fueron decisivos para la comprensión del carácter teológico o espiritual de las resistencias, luchas y organizaciones populares.

Estas luchas y organizaciones populares tienen dos aspectos fundamentales, mutuamente implicados: Por un lado, denuncian y se enfrentan con las “estructuras de pecado” que continúan matando hijas e hijos de Dios, o sea, con los mecanismos económicos, políticos, jurídicos, culturales y religiosos que niegan las condiciones materiales de vida a una gran parte de la población que oprimen y marginan. Por otro lado, estas resistencias y luchas se constituyen en “mediadoras de la salvación” en la medida en que buscan nuevos

mecanismos de organización social que garanticen los derechos de los pobres y marginados.

Se trata de la denuncia y del enfrentamiento del pecado en su dimensión socio-estructural, y del esfuerzo de organización de la sociedad, de acuerdo con el espíritu evangélico, lo que realiza la salvación.

La afirmación del carácter teológico o espiritual de estas resistencias populares no quiere decir absolutización de estas resistencias, ni negación de las ambigüedades y contradicciones existentes en ellas. Pero son *signos y mediaciones históricas* de la salvación o del reinado de Dios en este mundo. Signos y mediaciones limitados, ambiguos y contradictorios, pero reales y verdaderos.

En palabras de Leonardo Boff, “las liberaciones históricas son [...] anticipaciones y concreciones, siempre limitadas, pero reales, de la salvación, que será plena solamente en la eternidad: entre el reino de Dios y la sociedad justa existe una “identificación” –se identifica *en*– pero no una “identidad” –no se identifica *con*–. En palabras de Gustavo Gutiérrez:

“El crecimiento del Reino es un proceso que se da históricamente *en* la liberación [...] pero no se agota en ella: realizándose en hechos históricos liberadores, denuncia sus límites y ambigüedades, anuncia su cumplimiento pleno y lo impulsa a la comunión total [...] Es más, el hecho histórico, políti-

co, liberador *es* crecimiento del reino, es acontecer salvífico, pero no es *la* llegada del reino, ni *toda* la salvación”.

Naturalmente, la salvación no puede reducirse a su dimensión social, ni la dimensión social de la salvación puede reducirse a las luchas para la transformación de las estructuras de la sociedad. La salvación de Dios tiene que ver con todas las dimensiones de la vida humana (personal, social e histórica) y con la totalidad de la creación (cosmos).

Es también evidente que los procesos históricos de liberación no son puros, tienen sus pecados, es necesario purificarlos con la luz y la fuerza del evangelio.

Monseñor Romero hace algunas afirmaciones decisivas respecto a la densidad teológica de las luchas y organizaciones populares y su relación con la Iglesia.

- La misión que Jesús confió a la Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina.
- A la Iglesia le compete recoger todo lo que de humano hay en la causa y la lucha del pueblo, sobretodo de los pobres. La Iglesia se identifica con la causa de los pobres cuando es-

tos exigen sus legítimos derechos.

- Esta solidaridad con los objetivos justos no está condicionada a determinadas organizaciones, sean cristianas o no. A la Iglesia solo le interesa una condición: que el objetivo sea justo, para apoyarlo con la fuerza del Evangelio.
- Pero no estaría completo el servicio de la Iglesia a estos esfuerzos de liberación si no los iluminara con la luz de la fe y de su esperanza, enmarcados en el designio de salvación de Jesucristo. Si perdiera esta perspectiva global, la Iglesia perdería su significación más profunda.

Con esto hemos querido explicitar el carácter salvífico de estas luchas de liberación, sin reducir la salvación a su dimensión socio-estructural, ni negar las ambigüedades y contradicciones que puedan presentar.

### **Densidad y relevancia epistemológica de las resistencias y luchas populares**

La teología es *inteligencia de la fe al servicio de la fe*. La teología se configura en un doble movimiento: de la vivencia de la fe a la inteligencia de la fe y de la inteligencia de la fe a la vivencia de la fe.

El desarrollo de la inteligencia de la fe puede exigir cierto distanciamiento de la experiencia inmediata. Este distanciamiento puede ser importante para ayudar a la comunidad eclesial a ensanchar los horizontes de la fe y a evitar posibles desviaciones. Pero no puede llevar jamás a una separación total del quehacer teológico con relación a la fe. Siempre que esto sucede la teología pierde su vitalidad y se vuelve arqueología. En palabras de Ignacio Ellacuría “deja de ser un *intellectus fidei* para ser un estudio de inoperatividades”. Y esto es una tentación permanente del quehacer teológico.

Uno de los grandes méritos de la teología de la liberación ha sido enfrentarse teológicamente con los procesos históricos, y discernir allí los signos y las llamadas de Dios a su pueblo. Eso ha dado vitalidad al quehacer teológico en América Latina y lo ha hecho más consecuente, desde el punto de vista teórico (momento de la praxis) y teológico (momento consciente y reflejo de la realización histórica de la salvación y el reinado de Dios).

Naturalmente el desarrollo de la inteligencia de la fe implica, como uno de sus momentos constitutivos, el estudio de la Escritura y de toda la tradición eclesial. Desde el punto de vista epistemológico, esto ha tenido como consecuencia el primado de lo real (la salvación) sobre lo teórico (doctrina de la salvación). No obstante, la tentación de apartarse de la realidad y de refugiarse en el academi-

cismo teórico, más o menos estéril e ineficaz, es enorme.

Sobrino escribió un texto autobiográfico titulado “Teología desde la realidad”, que concluye con “algunas preocupaciones”. La primera de ellas es la que él llama “la tendencia al docetismo” en la teología actual.

“Lo que más me preocupa de la teología es su tendencia al docetismo, es decir, el crearse un ámbito propio de realidad que la distancia y desentiende de la realidad real, allá donde se hace presente el pecado y la gracia. Este docetismo, que normalmente es inconsciente, puede muy bien llevar al aburguesamiento, es decir, a prescindir de los pobres y las víctimas que son mayoría en la realidad y son la realidad más flagrante”.

En realidad, el ambiente social y eclesial, poco favorable e incluso adverso a los procesos de liberación, han hecho que muchos teólogos se hayan distanciado de los procesos sociales y eclesiales, y hayan centrado sus actividades en el mundo de los libros y las teorías. Es el caso, en gran parte, de la teología europea. Más que “un momento del proceso a través del cual el mundo es transformado, abriéndose al don del reino de Dios”, como proponía Gutiérrez, la teología se va constituyendo como un mundo aparte que vive de sí mismo y para sí mismo. “Abandona así, lo que fue su intuición original: ser una reflexión que camina junto a la vida de la comunidad eclesial.

La vida [...] precediendo y desafiando a la reflexión teológica”.

Ya al comienzo de la década de 1980, el P. Arrupe, superior general de los jesuitas, afirmaba tener la impresión de que dicha teología “estaba perdiendo el *push*, que estaba volviéndose demasiado académica”. No se trata aquí de pragmatismo o de activismo social o pastoral sino de tomar en serio algo determinante para el quehacer teológico: ser el momento inteligente de la fe o de la salvación y del reinado de Dios, cuya característica más importante es hacer justicia a los pobres y oprimidos. Por lo tanto, debe estar constitutivamente ligado a los procesos sociales y eclesiales de liberación. Y eso en sintonía con la renovación del Papa Francisco impulsando una “Iglesia en salida hacia las periferias”.

La teología cristiana debe ser siempre una teología en salida, constituyéndose en “signo e instrumento de salvación”. En palabras certeras del Papa Francisco: “Debemos guardarnos de una teología que se agota en disputas académicas [...] También los buenos teólogos, como los buenos pastores, huelen a pueblo y a calle y, con su reflexión derraman unguento y vino en las heridas de los hombres”. El teólogo que la Iglesia necesita “no es un teólogo de museo”. Debe ser una persona capaz de construir en torno a sí, la humanidad y no un intelectual sin talento, un eticista sin bondad, o un burócrata de lo sagrado”.

## A modo de conclusión

Esta reflexión nos coloca frente a un reto enorme, enfrentarnos teológicamente con la realidad y discernir los signos de los llamamientos de Dios. Esto tiene muchas consecuencias para el quehacer teológico:

- (1) Hacer y entender la teología como un momento de la fe de la Iglesia y de la realización histórica de la salvación y del reinado de Dios.
- (2) Ser consecuente con el carácter histórico y parcial de la salvación, superando toda forma de dualismo.
- (3) Insistir en la centralidad de los procesos históricos de liberación como signo privilegiado

de la salvación y del reinado de Dios.

- (4) No despreciar el gran *kairos* que el ministerio pastoral del Papa Francisco representa para la Iglesia.
- (5) Tomar en serio que “fuera de los pobres no hay salvación”, y en consecuencia mantenerse siempre unidos a ellos en sus resistencias y sus luchas y no caer en la tentación del “doctismo teológico”.

Nuestra reflexión inconclusa y abierta nos provoca, nos convoca y nos compromete. El reto está lanzado. No huyamos del desafío de nuestra “hora”. Los pobres y los marginados son, en Él, jueces y señores de nuestras vidas y de nuestras teologías.

**Condensó: Ramon Ribas**

---

La falta cada vez mayor de fines en una sociedad que aumenta sus medios es, sin duda, la fuente más profunda de nuestro descontento (P. Ricoeur, en *Esprit*, 1966, p. 188)